

Seix Barral Biblioteca Formentor



David Safier

¡Muuu!





Seix Barral Biblioteca Formentor

David Safier

¡Muuu!

Traducción del alemán
por María José Díez Pérez

CAPÍTULO 1

«¡MUUU!» puede querer decir muchas cosas. Cuando una vaca de lo más normal como yo, por ejemplo, muge atemorizada puede significar: «El ganadero tiene otra vez las manos frías», o: «Socorro, el ganadero conduce la cosechadora borracho» o, incluso: «¡Oh, no, nos quieren castrar al toro!»

Las vacas podemos mugir cabreadas: «¡Maldita cerca electrificada!»; o regañonas: «Niños, dejad de reiros de los bueyes»; o simplemente de pura, absoluta felicidad: «Tenemos hierba y sol y el cuerpo sin una sola lombriz. ¿Qué más queremos?»

Naturalmente también podemos mugir por tristeza: «Mi madre ha muerto»; inquisitivas: «¿Qué harán los hombres con el cuerpo de mamá?»; y con absoluto escepticismo: «Me da que el Big Mac ese del que hablaba el ganadero no es nada bueno.»

Cuando estamos rumiando en los pastos somos capaces incluso de mugir filosóficamente: «¿En qué estaría pensando nuestra hacedora, la diosa Naia, cuando creó a las personas? ¿O a las puñeteras moscas? Sería mucho mejor que a nuestro alrededor volaran mariposas de colores en lugar de moscas. O que al menos las moscas su-

pieran bien. Desde luego lo mejor sería mariposas que además supieran bien.»

Y a veces, sí, a veces, las vacas mugimos profundamente conmocionadas.

Como lo hice yo cuando lancé el mugido más horrendo de mi vida hasta entonces. Fue una tarde de primavera: estaba en los pastos, vi los nubarrones cargados de lluvia que se acercaban y no quise esperar a que el ganadero llevase a la vacada al establo, ya que de un tiempo a esa parte el tontaina se olvidaba de nosotras a menudo. Ya no era el de siempre: cada vez bebía más de un líquido que su mujer —a la que hacía mucho que no veíamos— llamaba aguardiente de mierda, y cuando lo hacía no paraba de echar pestes de cosas con nombres curiosos como cuotas lácteas, subvenciones agrícolas y prostatitis.

Sea como fuere, no me apetecía lo más mínimo volver a mojarme, así que eché a trotar hacia el establo, donde descubrí, para mi sorpresa, que el gran amor de mi vida, el gallardo toro negro Champion, ya estaba en su cubículo. Al verlo mugí la frase que probablemente a ninguna vaca le guste mugir a su amado:

—Dime, ¿estás montando a Susi?

Champion volvió deprisa la cabeza hacia mí, puso cara de susto un instante y balbució:

—Esto..., esto no es lo que parece, Lolle.

Sí, las vacas también podemos soltar pretextos absurdos.

—Estás sobre las patas traseras y tienes las pezuñas delanteras apoyadas en su lomo —repuse con voz temblorosa—. ¿Qué otra cosa podría ser?

Al encontrarme con semejante espectáculo tuve la sensación de que el corazón me estallaría en mil pedazos.

Al mismo tiempo se me encogieron los cuatro estómagos, por no hablar de la panza.

—Lolle, te lo puedo explicar —prometió Champion con su preciosa voz grave, mientras me miraba con sus todavía más preciosos y graves ojos negros.

Estoy segura de que me habría quedado embobada con esos ojazos, como de costumbre, de no haberlo pillado así con Susi. Esa vaca asquerosa tenía muchas cosas malas: era taimada, vanidosa y —lo peor de todo— increíblemente atractiva. Mucho más que yo. Susi tenía muy buena planta, la piel brillante, y más de un toro se había dado sin querer con la cerca electrificada por mirarle las ubres. En cambio, mi piel blanquinegra era mate, nada en mí me incitaba a mirarme encantada en un charco durante horas. Y ningún toro se había salido jamás del buen camino por mis ubres.

Susi le había echado el ojo a Champion hacía tiempo, pero yo confiaba en que su amor por mí fuese más fuerte que las artes de seducción de ella. Está claro que en el fondo yo sabía que estaba siendo una ingenua, y decir ingenua es quedarse muy corta, ni siquiera pavitonta es la palabra exacta. (Y eso que los pavos son tontos de capirote, están convencidos de que el mundo se reduce únicamente a nuestra finca, mientras que nosotras, las vacas, alcanzamos a ver desde nuestra dehesa los árboles del fin del mundo, esos árboles cuyo límite no se puede rebasar, puesto que uno se precipitaría a un abismo y estaría cayendo días y días hasta aterrizar en la leche infinita de la perdición.)

Aunque las ubres de Susi eran mucho más tentadoras que las mías y la escena que se desarrollaba ante mis ojos no parecía dejar lugar a dudas, yo esperaba con toda mi alma que Champion dijera la verdad. Que, en efecto, no

fuera lo que parecía y que podía darme una explicación plausible. Si no podía hacerlo, el sueño de mi vida se haría añicos. El sueño con el que soñaba desde el último verano: por aquel entonces aún era una vaca joven (tenía dos veranos) y en mi corazón reinaba una gran inquietud. Me moría de ganas de averiguar cuál era el sentido de la vida, pero cuando se lo preguntaba a las vacas viejas de la dehesa lo único que escuchaba era: «Bueno, pastar está pero que muy bien.»

Una respuesta que desde luego no me bastaba. La vida, pensaba yo, tenía que ser algo más que pastar, rumiar y contarles a las demás vacas la boñiga colosal que una había expulsado.

Un día especialmente caluroso, dos moscas efímeras me enseñaron lo que podía ser ese «algo más». A primera hora de la mañana fui testigo de cómo salían de un charquito que se había formado tras una tormenta. Las dos criaturitas parecían sumamente frágiles en los primeros minutos que pasaban en este mundo. Ya a tan temprana edad se sentían atraídas la una hacia la otra. Decidí observarlas, y las llamé Zumbi y Pumbi. Las dos monadas se pasaron volando y dando vueltas juntas toda la infancia, es decir, una media hora.

A mediodía se convirtieron en marido y mujer. Zumbi fecundó a su Pumbi, un proceso durante el cual, como es lógico, aparté la vista discretamente. Tuvieron hijos. Un millar. Opté por no darles nombre a los pequeños.

Las dos efímeras educaron con amor a su prole, lo que resultó bastante agotador, sobre todo a primera hora de la tarde cuando los mil retoños se volvieron adolescentes desbocados: al parecer ésa era una etapa de la vida en la que uno sólo era responsable de sus actos hasta cierto punto.

A media tarde, los hijos finalmente alcanzaron la

edad adulta. A partir de ese momento Zumbi y Pumbi disfrutaron de la vida en pareja, y no pararon de hacer excursiones a otros charcos. Hacia la puesta de sol su vida se tornó nuevamente agotadora, pero de una manera hermosa, satisfactoria, pues ayudaron a sus hijos a cuidar del millón de nietos. Cuando la luna ya había salido, los enamorados comenzaron a volar de acá para allá por última vez, rendidos debido a la edad pero felices, ala con ala, hasta que cayeron al suelo. Allí se quedaron dormidos apaciblemente, bañados por la luz de las estrellas, las alas amorosamente entrelazadas.

Después de ver eso lo supe: ésa era la vida que yo quería tener.

Algo más larga, claro.

Y con algunos hijos menos.

Y también podía pasar perfectamente sin que en mi cuerpo muerto aterrizara una boñiga de vaca, como les pasó a ellas dos. Pero por lo demás quería que mi vida fuera igual que la suya. Y siempre pensé que Champion sería mi Zumbi.

Pero ahora mi sueño estaba a punto de hacerse pedazos, a no ser que Champion tuviese una explicación plausible de por qué estaba en esa postura con Susi.

—Lolle, la cosa fue que a Susi le picaba el lomo —empezó diciendo—, y me preguntó si se lo podía rascar.

Ésa no era lo que se dice la explicación plausible que yo esperaba.

—¿Tan tonta crees que soy? —pregunté mientras se me saltaban las primeras lágrimas.

Champion no supo qué decir, en cambio Susi repuso risueña:

—Bueno, está claro que lista, lo que se dice lista, no cree que seas.

Era evidente que le divertía provocarme, pero no quería darle la satisfacción de perder los estribos delante de ella o —peor aún— echarme a llorar. De manera que respiré hondo, contuve las lágrimas haciendo gala de una fuerza sobrevacuna y repuse toda serena:

—En cambio, está claro que a ti Champion te aprecia por tu ingenio.

—Exactamente.

—Y por tu gran personalidad.

—Eso es.

—Por eso lo tienes subido a las nalgas.

Susi, picada, cogió aire. Champion se volvió hacia mí y aclaró compungido:

—Lolle, esto no significa nada para mí...

—Vaya, muchas gracias —rezongó Susi, ofendida.

Por desgracia, en ese momento para mí sólo era un pobre consuelo que su infidelidad no significara nada para él.

Champion siguió intentando apaciguarme:

—Sabes de sobra que los hombres no nos tomamos tan en serio hacer el amor con una mujer...

Esta vez fui yo quien dijo, molesta:

—Vaya, muchas gracias.

—Uy. —Champion se dio cuenta de su error y trató de enmendarlo acto seguido—: Contigo es distinto, Lolle. Ya sabes lo que siento por ti.

Su voz vibró al decirlo. A lo mejor sentía de verdad algo por mí. Seguro, incluso. Desgraciadamente no tanto como para poder resistirse a las nalgas de Susi.

—Lolle, ¿qué puedo hacer para subsanar mi error? —preguntó contrito.

—Dos cosas —repliqué yo.

—¿Cuáles? —se interesó Champion.

—Para empezar una cosita de nada.

—¿Cuál?

—¡HAZ EL FAVOR DE BAJARTE DE SUSI CUANDO HABLES CONMIGO!

—Eso mismo opino yo —apuntó Susi, que estaba visiblemente enervada al ver que Champion se desvivía por mí.

Champion se separó en el acto de Susi, que se fue trotando a su cubículo ofendidísima. Mientras se alejaba le gritó:

—Montármelo contigo es tan divertido como una indigestión en la panza.

Él la siguió con la mirada un instante, pero por lo visto no le importaba tanto como para responder a su insulto. En lugar de eso, se dirigió de nuevo a mí e inquirió:

—Y ¿qué es lo segundo que tengo que hacer?

—¡No volver a acercarte a mí en la vida!

Cuando pronuncié esas duras palabras me temblaba todo el cuerpo. A continuación di media vuelta y salí del establo, bajo la lluvia que caía a base de bien. Las demás vacas del grupo vinieron a mi encuentro, pero no les hice el menor caso. Mi sueño se había hecho añicos. Champion no era mi mosca efímera. Nunca viviría con él una vida tan feliz como la de Zumbi y Pumbi.

Apenas fui consciente de ello, no pude contenerme más: rompí a llorar y salí a galope, lo más deprisa posible, hacia la dehesa, con la esperanza de que nadie me viera. Las lágrimas se me mezclaban en el morro con las gotas de lluvia, y supe que me moriría de pena a menos que encontrara pronto otro sueño con el que ser feliz.

CAPÍTULO 2

Las vacas tenemos unas glándulas lacrimales tremendamente grandes: no sabía cuánto tiempo estuve tumbada a la orilla del arroyuelo que discurría junto a la linde de nuestra dehesa, sollozando. Los nubarrones se habían disipado casi por completo y solamente chispeaba, pero yo seguía llorando. Entonces se acercó Hilde, una de mis dos mejores amigas, y me preguntó:

—¿Hay algún motivo especial por el que quieras pillararte aquí un resfriado, Lolle?

—Ssssammmpionnn —berreé.

—¿Te importaría berrear vocalizando un poco más?

—Sssampion... Sssusi... Montánndoselo.

Ahora Hilde sí lo entendió, y suspiró:

—Hombres, con ellos sólo hay dos alternativas: odiarlos u odiarlos.

Mi amiga tenía una piel áspera bajo la cual se escondía un..., bueno..., un corazón duro. Pero en el interior de ese corazón duro había algo blando, un anhelo de amor y cercanía. Sin embargo, Hilde preferiría meter la lengua en una trituradora a confesar a los demás —y sobre todo a ella misma— ese anhelo.

Era la única vaca de nuestra dehesa que tenía manchas marrones, razón por la cual las demás la evitaban desde pequeña. Las únicas a las que nos daba lo mismo el color de esas manchas éramos mi otra mejor amiga, Rabanito, y yo. A mí el color me daba igual, ya que me fascinaba todo lo que era diferente, y a Rabanito no le importaba, porque era la vaca más encantadora y para ella cuanto más variopinto fuese el mundo, mejor.

Mientras mis glándulas lacrimales y la llovizna se

iban calmando poco a poco, llegó Rabanito y comentó agitada:

—¿Os habéis enterado? Antes el ganadero no ha venido porque se ha quedado dormido en casa. Otra vez delante de esa caja tonta brillante en la que viven las personas pequeñas que siempre hablan con él sin que les responda, algo que, dicho sea de paso, es de muy mala educación y... Pero Lolle, ¿qué pasa? Estás llorando...

—Sssampion... Sssusii... —le explicó.

—No me digas, ¿se lo han montado? —preguntó asombrada Rabanito.

—No —respondió, mordaz, Hilde—. Han estado jugando a «tú llevas la boñiga».

—¿En serio? —preguntó Rabanito—. Entonces, ¿por qué está Lolle tan triste?

Aunque Rabanito tenía muy pocas manchas en la piel, y por ello era prácticamente blanca, no era de las vacas con más luces de la dehesa.

Hilde torció los ojos:

—Pues claro que se lo han montado.

—¿Y por qué dices que han estado jugando al «tú llevas la boñiga»?

Rabanito estaba muy confusa.

Hilde soltó un resoplido por toda respuesta, ligeramente irritada.

Rabanito se volvió hacia mí y dijo con ternura:

—Lo siento mucho por ti.

Y me dio lametones por el morro para consolarme, lo cual me tranquilizó un poco.

Mientras tanto, Hilde intentaba consolarme a su manera:

—De todas formas siempre hemos sabido que Champion es un idiota.

—Sí, pero era mi idiota. —Me soné.

—Bah, Lolle —susurró con suavidad Rabanito—, seguro que hay muchos más idiotas.

Rabanito siempre era capaz de ver algo bueno en cualquier circunstancia. Siempre veía el comedero medio lleno, mientras que Hilde lo veía medio vacío. Y Champion se encargaba de vaciarlo del todo.

Pero yo no era como Rabanito. Para ser más exactos: nadie era como ella. Y Hilde tenía la firme convicción de que la actitud positiva de Rabanito guardaba una estrecha relación con el hecho de que al nacer se golpeó la cabeza contra el suelo del establo.

Sin embargo, ¿y si Rabanito tenía razón? Tal vez no tuviese por qué morir de pena. ¿Y si mi nuevo sueño de una vida feliz era ése: encontrar otro toro? ¿Y si me enamoraba otra vez? ¿Pero cómo, doliéndome como me dolía el corazón? ¿Y cuando en realidad sólo quería a Champion? Pero a él ya no podría volver a tocarlo con naturalidad, y menos aún podría dejar que él me tocara, después de haberlo visto así con Susi.

—Ningún toro da la felicidad —objetó Hilde—. Los toros son la prueba de que nuestra diosa Naia no existe. Pero en caso de que sí exista y de verdad creara a los toros, es muy rara. Y cuando digo rara quiero decir que está como una auténtica cabra.

Hilde tenía toda la razón, los demás toros de la finca daban la impresión de ser una creación menos divina aún que Champion. Los toros de nuestra edad eran de la opinión de que para hacer el amor no hacía falta tener sentimientos, lo que a mi juicio no los volvía muy atractivos. Aparte de ellos también estaba el viejo Kuno, al que el ganadero llamaba «la futura sopa de rabo de buey», sin que yo supiera a ciencia cierta a qué se refería.

Aunque sonaba más o menos igual de mal que «Big Mac», «chuletón» o «sandalias de piel». Y, por último, en la dehesa también teníamos al toro Tío, cuyas digestiones no eran lo que se dice las mejores. Siempre que Tío Pedo tenía flato, moría un enjambre de moscas. O una ardilla.

Para dar ánimos, Rabanito propuso:

—Bueno, siempre puedes esperar a que nazca otro toro, uno bueno de verdad.

—Claro —argumentó Hilde—, y cuando crezca se enamorará precisamente de una vaca vieja.

—Bueno, ¿y por qué no? —quiso saber Rabanito.

—Porque a los novillos no les pone naaaada una vaca con arrugas, que mastica con la boca llena y que tiene las ubres tan caídas que rozan el suelo al andar.

Ante esa idea de la vejez me entraron ganas de echarme a llorar de nuevo.

Y desde luego de no envejecer.

Rabanito se dio cuenta de que estaba al borde de las lágrimas y volvió a darme lametones en el morro.

—Ya verás como pronto te sientes mejor, te lo prometo, Lolle.

—Sí —confirmó Hilde—, cuando entienda de una vez por todas que no necesita un toro para ser feliz.

¿Era ésa la solución? ¿Vivir una vida feliz sola? ¿Sin ser amada por un hombre?

Rabanito le preguntó:

—¿Tú eres feliz sola?

—Claro —replicó Hilde en un tono demasiado decidido que revelaba que ese «claro» no correspondía del todo a la verdad.

Si ni siquiera la fuerte Hilde conseguía ser feliz sola, ¿cómo iba yo a encontrar la felicidad sin un toro? Antes

de juntarme con Champion, la vida, que consistía sólo en pastar y digerir, ya me parecía demasiado poco.

Pedí mentalmente a Naia que me enviara una señal. Apenas empecé a rezar, alguien gritó:

—Attenzione!

Vi que un gato pardo venía corriendo hacia nosotras, no, más bien cojeando, tambaleándose. Le sangraba una pata y sus ojos eran la viva imagen del pánico. Era un animal perseguido. Que huía de algo. O de alguien. En cualquier caso de algo definitivamente pavoroso.

Si ésa era la señal, la diosa vacuna no sólo era rara o estaba como una cabra, sino que además era escasamente considerada.

CAPÍTULO 3

El gato cayó al arroyo ante nosotras. Salió a la superficie, emitió un sonido gutural e intentó mantenerse a flote, pero con la pata herida era absolutamente imposible.

Hilde fue la primera en recuperar el habla.

—Yo a ése no lo he visto en mi vida. ¿De dónde habrá salido?

—Quizá de los árboles del fin del mundo, donde vive la vaca loca —aventuró Rabanito.

—La vaca loca no existe —espetó Hilde—, eso sólo son cuentos que les cuentan las madres a los terneros.

—No son cuentos.

—Rabanito, eres más ingenua que las gallinas, que no entienden que los huevos que les quitan son sus hijos.

—Puede que sí lo entiendan —repuso Rabanito— y lo que pasa es que a las gallinas no les gustan mucho los niños.

—Ahora mismo las gallinas no son importantes —declaré—. ¡Tenemos que sacar al gato de ahí!

Entré con resolución en la fría agua del arroyo, que me llegaba por la rodilla. Pero antes de que pudiera agarrarlo con el morro, el gato volvió a hundirse haciendo ruiditos, con la angustia escrita en los ojos. Metí la cabeza deprisa en el agua y vi que el gato agitaba como un loco las tres patas sanas para salvarse, mientras de su boca salían burbujas de aire. Pero todo su pataleo fue en vano: se hundió hasta el fondo y se dio contra las piedras.

Hundí más el morro y me di cuenta de que el gato ya había cerrado los ojos y que de su boca salían las últimas burbujas de aire, minúsculas. Le mordí el mojado pelaje deprisa y lo saqué del agua. Mientras salía del arroyo, el gato se balanceaba en mi morro e iba escupiendo agua y jadeando. Cuando por fin fue capaz de respirar de nuevo, balbució:

—Signorina, io le doy las gracias de tutto corazone.

—Habla un poco raro —susurró Rabanito.

—Puede que no le llegue mucho aire al cerebro —especuló Hilde.

—Io sono de la bella Italia —explicó el gato.

—Y eso ¿qué significa? —inquirió Hilde.

—Mi tía abuela se llamaba Bella —contestó Rabanito—, pero desde luego de ella no es.

El gato hizo caso omiso de ambas y se centró nuevamente en mí:

—Por regola generale non me atraen las mujeres voluminosas, pero usted... A usted podría besarla, signorina.

Iba a decirle al gato que, lo primero, no sabía lo que significaba «signorina» y, lo segundo, no quería ningún beso —no creo en las carantoñas entre animales distintos—, cuando Rabanito, al ver que aún tenía al gato en la boca, me advirtió:

—Si le respondes, irá directo al suelo.

Tenía razón, claro está, así que deposité con cuidado al herido en la hierba, donde miró a un lado y a otro apresuradamente y al final constató, aliviado:

—Le he dado esquinazo.

—¿A quién? —pregunté.

—Créame, è mejor que non lo sepa.

Le miré la pata destrozada y respondí con desazón:

—Sí, la verdad es que te creo.

Rabanito miró la herida con más detenimiento y observó preocupada:

—Tiene muy mala pinta.

El gato sonrió con amargura.

—Me alegro de que lo diga, signorina, de non ser por usted non me habría dado cuenta.

Intentó enderezarse, pero no lo consiguió. Soltó un suspiro dolorido:

—*Fuck!*

—*Fuck?* —repitió Rabanito—. Y esto otro ¿qué significa?

—Signorina —contestó el gato—, «fuck» è cuando un gato conoce a una gata bellísima y la desea tanto que la flauta mágica se le empina...

—¿La «flauta mágica»? —inquirió, desconcertada, Rabanito.

—El oboe de amore, sí.

—¿El oboe de amore?

—¿El acordeone della diversione?

—No sé de qué estás hablando.

—¡El rabo! —El animal torció los ojos.

—¿El rabo? —repitió Rabanito, confusa.

—Questo —espetó el gato, enervado, al tiempo que se señalaba el miembro.

Rabanito se quedó abochornada, y de ser capaces las vacas de taparnos los ojos, sin duda lo habría hecho.

El gato respiró hondo.

—Io non tengo tiempo para quedarme a dar clases de educacione sessuale a vacas. Debo seguir, de lo contrario io sono finito.

—Pero con la pata así no llegarás muy lejos —constató Hilde.

—Io non tengo eleccione —replicó el gato, y se endezeó y echó a andar cojeando, transido de dolor. Sin embargo, a los pocos pasos se mareó, empezó a dar traspiés y finalmente se desplomó. Cuando caía soltó—: *Fuck, fuck, fu...* —Y cayó de bruces contra el barro.

—Se lo he dicho —observó Hilde con sequedad—. Que no llegaría muy lejos.

—*Fuckedifuckediefucke* —balbució el gato por último en el barro, antes de perder el conocimiento.

—Este gato habla peor que los cerdos —comentó asombrada Rabanito.

(Se refería a que los cerdos tienen una forma de hablar entre sí que a las vacas nos abochorna y nos da rabia no poder meternos unas zanahorias en las orejas.)

—Me pregunto quién o qué le habrá hecho eso —tercié yo.

—Puede que haya sido yo —retumbó una voz grave a nuestras espaldas, una voz cuya frialdad nos recorrió el lomo y las cuatro patas.

Antes incluso de volverme, pensé: vaca tonta, ¿por qué hago siempre unas preguntas tan estúpidas?

CAPÍTULO 4

Me di la vuelta despacio y al otro lado del arroyo vi a un pastor alemán gris inmenso. Era viejo, pero no parecía nada débil, sino todo lo contrario, daba la impresión de tener una fuerza hercúlea. El hocico enorme, los dientes ferozmente afilados y allí donde debería estar el ojo izquierdo, una cicatriz. El ojo derecho lo tenía inyectado en sangre y con un brillo malicioso. Hasta entonces nunca había visto a un asesino, pero lo supe sin lugar a dudas: ése de ahí lo era.

—Mi instinto me dijo: creo que éste es un gran momento para largarse.

Mis dos amigas ya se habían vuelto hacia el perro. Rabanito se quedó helada al ver a la inquietante criatura.

—Creo que me acabo de hacer pis en una pata.

Hilde balbució, como si reconociera al pastor alemán:

—Espero que no sea...

No pudo decir más, pues el perro dijo:

—Lo es; después de todos estos años he vuelto a casa.

—¡Oh, no, es él! —exclamó Hilde—. Es Old Dog.*

—Me alegro de que aún se me conozca aquí —repuso, la sonrisa aún más ancha.

Entonces todo empezó a darme vueltas literalmente de puro miedo. Old Dog era una leyenda en nuestra finca. Una leyenda inquietante. Aunque ninguna de nosotras tres lo había visto nunca, todos y cada uno de los terneros de la vacada había oído hablar de él: en su día, hacía muchos solsticios, Old Dog guardaba nuestra finca. Por aquel entonces, cuando era joven, también atendía al nombre de Rex. Era bueno con todos y nos protegía de los zorros, las

* Perro viejo. (*Todas las notas son de la traductora.*)

martas y otros animales salvajes. Rex amaba a Tinka, una encantadora perra de aguas, y eran una pareja feliz, como ninguna otra en la finca. Pero un día aciago Tinka comió la carne envenenada que el ganadero había puesto para las ratas y tuvo una muerte dolorosa. Rex sufrió lo indecible a lo largo de las semanas que siguieron, dejó de comer y de ocuparse de sus obligaciones en la finca. Finalmente el dolor se le hizo tan insoportable que no quiso seguir viviendo ni un solo día más, así que decidió comer la misma carne envenenada. Se la tragó, se desplomó, escupió espumarajos y, tras pasar unos minutos debatiéndose entre la vida y la muerte, el corazón se le paró, como le sucediera a su amada Tinka. Pero el ganadero no quiso enterrar a Rex de inmediato, primero pretendía dormir la borrachera, de modo que dejó el cadáver del perro tirado fuera. A medianoche Rex abrió de pronto los ojos: había resucitado de entre los muertos. Pero no era el mismo. Tenía los ojos rojos y el pelaje gris como el de un perro viejo; sin embargo, no era débil como un perro viejo, sino que a partir de ese momento pasó a tener una fuerza enorme, sobrenatural. Aunque, sobre todo, ya no era bueno, sino malo. Y no un poco malo, como Tío Pedo, al que de vez en cuando le divertía plantarse en medio de nosotras y tirarse un pedo... No, Rex, que a partir de ese momento pasó a llamarse únicamente Old Dog, era malo de verdad. Ya no vigilaba la finca y protegía a los animales, sino que los atormentaba a la menor ocasión. Ocurriera lo que ocurriese cuando su corazón dejó de latir, fuera a donde fuese su alma, había cambiado. Los animales de la finca supusieron que había ido en busca de su Tinka al reino de los muertos y no la había encontrado. Otros supusieron que el reino de los muertos no quería allí a nadie que se quitara la vida y que por eso él ahora era inmortal. En cualquier caso, un

día especialmente aciago, Old Dog mató con brutalidad a una cerda. No para comérsela ni porque la cerda lo hubiese ofendido. Cuando el cerdo viudo le preguntó al pastor alemán con voz lacrimosa: «¿Por qué mataste a mi mujer?», él se limitó a responder con frialdad: «Porque era feliz.»

Pero cuando vio el cuerpo cruelmente desgarrado del animal, el ganadero le saltó un ojo al perro con una pala y lo echó de la finca. Desde entonces no se lo había vuelto a ver..., hasta ahora.

—Entonces... —balbució Rabanito—, entonces, ¿eres de verdad Old Dog?

—El mismo que viste y calza —contestó él sonriendo desde su orilla del arroyo, y el ojo inyectado en sangre despidió un destello perverso.

—Me acabo de hacer pis en la otra pata —susurró Rabanito.

—A mí la vejiga también me está dando algún que otro problemilla —coincidió Hilde.

—Vacas, no os pasará nada si me entregáis al gato —afirmó Old Dog con una fría sonrisa.

Mi instinto me dijo: eso suena pero que muy bien.

Miré el gato desmayado, que sangraba. No podía abandonar a su suerte a esa pobre criatura desvalida, razón por la cual mandé a la porra a mi instinto y le dije a Old Dog con toda la valentía de que fui capaz:

—Ni hablar.

Sorprendida, Hilde preguntó a Rabanito:

—¿Qué es lo que ha dicho?

—Creo que ha dicho que ni hablar —repuso la no menos sorprendida Rabanito.

—Mierda, con lo que me habría gustado haber oído mal. —Hilde suspiró.